

DISCURSO DEL SR. MIGUEL ANGEL CARBONELL

Doctor Carlos Manuel de Céspedes; Señoras y señores:

El señor Alcalde Municipal ha delegado en mí su autoridad para que levante la voz en este acto solemne de la subrogación del nombre de la Plaza de Armas por el de Plaza de Carlos Manuel de Céspedes, homenaje de devoto reconocimiento a la memoria veneranda del fundador de la República que tributa hoy La Habana, merced a la percusión que iniciativa generosa de la revista Cuba Contemporánea encontrara en el concejal Ruy de Lugo Viña, alma plena de nobles entusiasmos por nuestro pretérito de glorias y paladín de la buena nueva republicana en quien concurren y se destacan a un tiempo mismo la fuerza de la mente, que inicia orientaciones lúcidas, y el corazón limpio y fervoroso que las estimula y las practica.

Si el culto a una gran memoria y el acatamiento sincero a lo que ella significa en el orden de la civilidad para seguirla con pasión de enamorado y no torcer jamás el rumbo que conduce a la afirmación de cuanto a ella esté ligado, es ejecutoria suficiente para cumplir la encomienda con que se me ha enaltecido en este día de glorificación, creo y no es esto alarde vano de inmodestia, sino justificación plena de un acto, que no ha errado el señor Alcalde Municipal al resignar en mí su representación; y digo que no ha errado, porque si algún título de beligerancia puedo ostentar ante mis conciudadanos es, precisamente, el de no

haber olvidado - en medio de los desastres morales en que nos hemos debatido, escépticos unas veces y como atacados de insania otras, en un delito inconcebible de aniquilar las conquistas que el patriotismo rubricó sobre la roca granítica del martirio y de la gloria -, aquella figura patriarcal que se dilata ahora mismo ante mis ojos irguiéndose, en el frenesí del heroísmo, entre los conjurados de San Miguel, para proclamar, con voz que parecía tener la majestad del trueno sagrado sobre la cumbre del Sinai, que la hora era solemne y decisiva, que el poder colonial estaba caduco y carcomido y que si aun nos parecía fuerte era porque hacía más de tres siglos que lo contemplábamos de rodillas; transfigurado, en el paroxismo de sus ensueños bélicos, respondiendo a los que inquieren por las armas: ¡se las arrancaremos al enemigo!; destrozando con sus manos de padre, hechas a la ternura y al amor, las cadenas infamantes que atan al esclavo negro, abriéndole los brazos y llamándole su hermano para anunciarle, conmovido, en aquella madrugada de La Demajagua, que pronto irradiará por sobre la cumbre del Turquino el primer lampo soberano; confiando, con una fe de iluminado, después del desastre de Yara, en que aun le quedan doce hombres y que bastan para hacer la independencia de Cuba; arrebatado de júbilo, cuando ve nutridas sus filas por las guerrillas insurrectas que surgen de todas partes al conjuro milagroso de su grito manumisor; entrando, con la majestad del genio triunfador, al son retumbante de los tambores insurrectos, vibrantes los clarines, cuyas notas transmuta en himno Perucho Figueredo, y coronado por una lluvia de flores, que valerosas manos de mujeres arrojan con ternura al paso de su libertador, en su amada Bayamo, que se engalana para recibirlo, mientras en las calles sus pelotones

adiestrados aniquilan, en cargas tempestuosas a los últimos mantenedores de la plaza que a poco se le rinde con el Gobernador a la cabeza; surgiendo, como entre resplandores inmortales del incendio colosal con que su bella ciudad emula los lauros inmarchitables de Numancia; con la investidura de jefe supremo, honrándola por la energía y la justicia con que se conduce, incapaz de utilizar en su propio provecho la centralización del mando, que depone al primer choque con sus implacables adversarios, ante los representantes del pueblo; ungido con la nominación presidencial, jurando acatamiento a la Constitución votada en Guáimaro; clamando por una guerra concordante con los sentimientos de humanidad y colmando con los prisioneros la medida de lo magnánimo para demostrar a sus circunstanciales enemigos que no le mueve el odio contra el español, sino la pasión por Cuba, a la que quiere ver "sentada en el consejo de las naciones, brindando por el amor y la concordia de los pueblos"; luchando, con una generosidad que no igualó jamás hombre alguno en circunstancias similares, y menos siendo de su vehemencia tempestuosa y de su celo por la conservación plena del carácter, con una Cámara agresiva que no advierte, al suponer en él tendencias dictatoriales, que la dictadura está en los principios jacobinistas que ella sustenta; acatando serenamente el mandato de esa Cámara cuando ve culminar la tormenta de rencillas que le envuelve en su deposición de la Presidencia de la República, mostrando una abnegación que bastaría para inmortalizar a un hombre ante la Historia al rechazar el propósito de sus parciales, entre los que se cuenta el jefe de la brigada más fuerte de la Revolución, de mantenerlo en la Presidencia, alegando que por su causa no se derramará una sola gota de sangre cubana; casi ciego

y olvidado de los más en su solitario retiro de San Lorenzo; pobre, él que había sido potentado señor de esclavos; resignado a los caprichos arbitrarios de sus adversarios con mando, para demostrarles cuán digno era él de ejercer ese mando con la práctica del sacrificio, que es más bella y elocuente lección que la de la fuerza; cuando sorprendido por la tropa enemiga, se incorpora, empuña su revólver, dispara serenamente, y cuando sólo le queda en la cámara humeante la última bala, vuelve el arma contra su pecho y decide, al borde de un barranco, con los ojos clavados en el horizonte como si quisiese abarcar el Océano y tender los brazos, desde aquella antesala de la Eternidad, al Norte, oscurecido por la bruma, donde en vano le aguardaba, al pie de la cuna del que había de ser digno hijo del mártir de San Lorenzo, la noble compañera, que emuló sus virtudes comprendiéndolas y estimulándolas con el fuego de su pasión, clavársela en el inmenso corazón, desplomándose sin vida por los flancos de la Maestra, Capitolio y Gólgota de su apostolado redentor, demostrando a propios y a extraños que sabía caer con el estrépito de una montaña que se derrumba... y una montaña era, en verdad, aquel hombre, pequeño de estatura y gigante de espíritu, dictador hercúleo de principios y voluntades, que siente, y no se equivoca, como que su pueblo culmina en él; aquel preceptor y mantenedor a un tiempo mismo de la libertad y Cristo generoso del esclavo infeliz; aquel idealista de sublimes arranques que por su temeridad parecía el dios de los espartanos y por su mente un ateniense del siglo de Pericles; aquel luchador indómito que en la antigua Roma hubiera vestido la toga de los Graco, que en tiempo de las Cruzadas habría emulado a Pedro el Ermitaño y en la Francia atormentada del ochenta y nueve hubiese si-

do el Vergniaud de la Gironda.

En todos los tiempos y bajo todos los cielos hubiese sido conductor de pueblos aquel invicto forjador de su patria. No fué Carlos Manuel de Céspedes un hombre de esos que, por raro sortilegio, se ven inesperadamente colocados en la cima donde fulguran los astros y aletean las águilas. No fué él una improvisación del medio, sino un forjador de él. Céspedes vino al mundo dotado de las facultades todas inherentes a los grandes caracteres; amplia la mente y como iluminada por divinas claridades; férrea la voluntad; desbordado el corazón de una vehemencia tempestuosa y oreada esa vehemencia por un cauce inagotable de tolerancia y de abnegación que, andando el tiempo, le hizo indispensable a los arrestos del altruismo; colmada la medida del valor, del verdadero valor, del que combate por el honor, no del que es pasaporte de credenciales en nuestro retablo político y que sólo se cotiza como tal por los que confunden la violencia con el carácter e ignoran que el valor ha de estar aliado siempre a la virtud, sin la cual su fuerza es negativa. Siendo grande y sintiéndose grande, ¿qué de extraño que aquel hombre, al abarcar el campo del separatismo, buscase al conductor y mirase a su interior, gozoso de encontrarlo en sí? Mengua fuera sentir en su propio ser la llama que ha de consumir la tiranía y reservarse egoístamente para no ser tachado de ambicioso. Céspedes precipitándose a la lucha en la madrugada de gloria del diez de octubre de mil ochocientos sesenta y ocho, sin preocuparse de lo que de su actitud pudiese opinar el impresionismo de un grupo, revela su grandeza moral, porque hay que poseer esa cualidad extraordinaria para tener la fortaleza de desafiar la maledicencia humana con tal de ser útil, no sobre el pedestal en que se goza,

sino sobre el ara en que se muere, a la libertad y a la República.

Sin envanecerse jamás por ello, sino gozoso de saber su pueblo en sí, Céspedes sentía como que Cuba vivía en él, y amaba el mando, porque le parecía que la estrella se apagaba si el mando iba a otras manos. Lo que sucedió cuando se operó el mutis, y ya no fué el Presidente de la República, sino el solitario de San Lorenzo, comprueba que no era falsa su visión. Apuró el martirio, porque tuvo la fuerza suficiente para sostener ante una juventud patriota, pero extraviada por la irrupción de las ideas liberales, sus previsoras ideas centralizadoras, ideas que han recibido la consagración del triunfo, en casos de guerra así en Cuba como en el mundo todo. Tuvo virtudes y tuvo, también, defectos; tuvo amigos que lo idolatrarón como a un dios y tuvo adversarios implacables que lo combatieron con violencia. Sintió, a ratos, la lastimadura del dardo, y se tornó iracundo; pero ni fué capaz del odio ni en sus pasiones dejó de la mano nunca, posponiéndola a vanas satisfacciones del amor propio, la suerte de su patria. La misma circunstancia de haber sido un hombre real, un hombre al que no faltaron sus naturales horas de error, aunque fueron pocas, y siempre provocadas de fuera a dentro, hace a Céspedes más grande, porque hay que haber sentido alguna vez, y todos la hemos sentido, la ira provocada por la injusticia, para saber de qué anchura tuvo que ser el corazón en hombre del temperamento de Céspedes cuando triunfó de sus naturales pasiones al aceptar abnegadamente el mandato arbitrario que lo depuso, a sabiendas de que una protesta suya hubiera probado a sus adversarios que no estaba solo en aquel vórtice de intrigas el Presidente de la República.

Dos ideas de redención destacan la personalidad de Carlos Manuel de Céspedes: la una de trascendencia pública: la emancipación de Cuba de la tutela de España; de trascendencia universal la otra: la abolición de la esclavitud. Humano antes que todo, pues que pensaba, pensando bien, que no se podía ser patriota, aspirar a una República democrática, y mantener la infamia de la esclavitud como un principio social, su primer rugido emancipador fué en favor de los esclavos. Todo parecía sonreír a aquel hombre respetable y respetado que tenía fortuna para disfrutar de una vida fastuosa, que contaba con haciendas pobladas de esclavos, que poseía títulos intelectuales y era en la abogacía el triunfador, y, sin embargo, Céspedes era un gran triste, porque en nada estimaba el disfrute de una vida en el boato mientras sabía de una clase que a diario era maltratada; mientras contemplaba, iracundo en su impotencia para evitarlo, el comercio infernal con el hombre negro, arrebatado al cariño de la madre para ser vendido al mejor postor, sin que a la madre le fuera dable siquiera exteriorizar con una lágrima el dolor de aquella separación brutal, porque en seguida el mayoral de entraña dura que un dueño egoísta escogía, por esta misma circunstancia, para que fuera ejemplar verdugo, descargaba sobre la infeliz mujer el látigo que le arrancaba, junto con los ayes desgarradores del dolor, las últimas preocupaciones de la dignidad. Fué, siendo Síndico del Ayuntamiento de Bayamo, cuando Céspedes irrumpió un día en aquel campo infernal con protestas favorables a los esclavos. Las autoridades coloniales se alarmaron, y, teniéndolo por rebelde peligroso, desplegaron sobre él el espionaje asalariado. ¿Cómo - se preguntaban los más, Céspedes, el rico señor de esclavos, el caballero de augustos timbres de

nobleza, el primero siempre en toda fiesta social, el abogado de nota a quien España ungiría con las más altas representaciones políticas, cómo es posible que se ocupe en defender al siervo envilecido condenado a trabajo eterno? Ah!, era que no pensaban que Carlos Manuel de Céspedes pertenecía al grupo de los grandes altruístas, y la vida fastuosa, lejos de haber petrificado su corazón, le hizo, por contraste, conocer mejor el dolor de los desventurados sin abrigo y sin pan, el de los esclavos obligados a vivir en el oprobio de una vida de privaciones y flagelos, el del colono, sojuzgado a la bota de amos insolentes. Era que no pensaban que en aquel dadivoso potentado había un poeta de ternuras hondas y de altiveces desconcertantes, y un tribuno arrebatado que sólo esperaba el Agora bendita en que poder convidar a su pueblo a la batalla por la doble sublime idea de hacer al negro hombre y llamarlo su hermano, y de hacer a éste y a los cubanos todos ciudadanos.

La patria y el mundo lo contemplaron más alto cuando, en armas ya, borró del cielo de América en su República naciente la mancha de la esclavitud, que cuando alzó una patria nueva sobre los hombros. Y no fué estéril su esfuerzo en el aspecto humano, como no lo fué en el aspecto político, aunque su causa no triunfara, ya que resultó la de la abolición de la esclavitud la única real conquista de la revolución al signarse el Pacto del Zanjón. Ciertamente que el reconocimiento sólo alcanzó al campo republicano; pero cierto, también, que la libertad del esclavo insurrecto sirvió de acicate a la otra parte irredenta, y que fueron las ideas de Céspedes las seguidas por los abolicionistas consagrado-

res de su obra, de su obra, que alcanzará en el mundo más trascendencia que la de Lincoln en los Estados Unidos, porque mientras ésta sólo ha tenido hasta ahora validez en la ley, y no en la costumbre, en Cuba se hermanaron tan sólidamente las dos razas que juntas realizaron la emancipación y juntas son hoy puntal de la República por el magno redentor fundada. Y así se destaca Céspedes, ante nosotros que lo amamos como a un padre, y ante el mundo, que lo venera como redentor, heroico y valeroso como Bolívar y justo y abnegado como Cristo.

Bien ha hecho el Ayuntamiento de La Habana en honrar a Carlos Manuel de Céspedes, dando su nombre esclarecido a esta Plaza que fué centro, precisamente, de los poderes seculares por él combatidos. No importa la modesta del laurel que le depositamos hoy en el altar de nuestra gratitud; basta la oportunidad que ese laurel nos brinda para que nos juntemos hoy los cubanos; para que nos juntemos y nos purifiquemos con el fuego de su patriotismo incandescente y para que juremos, como el mejor tributo a su memoria, que liquidaremos con la democracia babilónica que hasta ahora hemos practicado, dispuestos a enaltecer y a perpetuar la República, la mejor ofrenda de Cuba a su propulsor, porque no está la talla de los redentores tan sólo en su natural grandeza; también en la altura que alcance la obra que forjaron con su martirio.

Cuba Contemporánea, La Habana, marzo, 1923.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA